

La ética y el método. Reflexión sobre los compromisos del investigador en Ciencias Sociales

MÓNICA CORNEJO VALLE*

Resumen

Toda investigación científica constituye un complejo paisaje de decisiones encadenadas. Cada una de las decisiones que se toman en cada uno de los momentos que atraviesa la investigación supone para el científico un compromiso de varias dimensiones que se va articulando con los anteriores. Cuando se trata de Ciencia Social, y cuando nuestro objeto por excelencia es lo humano, la más trivial de las resoluciones técnicas es susceptible de implicar un compromiso de carácter ético. En este artículo se intentará reflexionar sobre la relación de estas decisiones de criterio metodológico con la dimensión ética que les acompaña.

Abstrac

This article tries to point up the linkage between technical decisions in social research and ethical implications of scientific labour. The consider behind this is that technical choosing is not only a methodological matter, but ethic too. Ethics are especially relevant in Social Science, because human being is its specific subject and its data preferential font. So, researching process is described attending its ethical dimension, and trying to reveal the crucial points in ethic and method convergence.

Palabras clave

Ética, Investigación, Metodología, Enfoques Cualitativos.

Visto desde fuera, no es extraña la idea de que tanto los planteamientos como las conclusiones de una investigación de Ciencia Social se encuentran comprometidas, generalmente en un sentido político o ideológico. Y no hace falta remitirse a la ciencia revolucionaria ni a sus herederas *críticas*. El mismo Durkheim que afilaba el método sociológico sabía muy bien de sus compromisos cuando escribía algo tan aparentemente neutro como *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*. Como es sabido, en *Las Formas Ele-*

* Universidad de Castilla-La Mancha.

mentales, el ateo defensor de la causa Dreyfus busca los argumentos sociológicos para defender la legitimidad de todos los credos y la racionalidad de todas las razas, militando argumentalmente en sus propios principios.

La presencia de ideologías en la teoría o en la técnica, o el periódico llamamiento a la toma de partido de los investigadores, son circunstancias relativamente familiares para los científicos sociales. Sin embargo, la profundidad de los compromisos no se acaba en la revelación de una *política* del conocimiento ni en la vinculación de sus resultados a un programa ideológico. Cada investigación, y esto parece apreciarse mejor «desde dentro», es un laberinto de decisiones en las que se pone en juego una relación esencialmente relevante en la dimensión ética: la relación entre el sujeto investigador con el sujeto investigado, sea cual sea el rango de abstracción que pueda atribuirse a ambos.

Desde el diseño de proyecto hasta la edición de los resultados, el material de trabajo de la investigación sociológica es fundamentalmente humano. Aunque pueden reconocerse otros sujetos y objetos con valor ético (los animales, el medio ecológico...), es en el nivel de lo humano donde la Ciencia Social tiene su campo específico y donde cada decisión del investigador es un ejercicio moral en sí misma. Evidentemente, la variedad de situaciones y condicionamientos por las que la propia investigación puede pasar, hacen que este ejercicio se manifieste en las más diversas formas.

Así, desde la deontología profesional a la elección del objeto de estudio, desde los escrúpulos para la financiación a las convicciones epistemológicas, desde los principios más generales de la teoría hasta los más minuciosos de la práctica son susceptibles de revelarse como espacios para la ética. En este artículo se intentará poner en perspectiva esta cuestión desde diferentes puntos de vista.

CUANDO EL OBJETO ES UN SUJETO. EL LUGAR DE LA ÉTICA EN LA INVESTIGACIÓN

El lugar que la ética suele ocupar en la ciencia ha estado tradicionalmente vinculado a profesionalización de las disciplinas. Así, en muchos códigos profesionales la ética del trabajo no va más allá de las responsabilidades del investigador y divulgador respecto a la verdad y a la comunidad científica con la que se comunica¹. Este enfoque deontológico, sin embargo, va quedando en segundo plano desde hace unos años, especialmente desde que las grandes asociaciones internacionales de Sociología y Antropología han reconocido su particular relación con el objeto humano y han reorientado sus códigos hacia la preocupación por los sujetos-objeto.

Es conocido que el punto de partida de esta nueva sensibilidad está en Nüremberg. No cabe duda de que las Ciencias Sociales, desde la Etnología al Derecho (e incluyendo sus más difusos antecedentes premodernos) han enfrentado dilemas éticos tanto en la aplicación de conocimientos como en los procesos de investigación donde el objeto es

1 Este sigue siendo el caso de las Ciencias Sociales como la Historia, la Economía y la Ciencia Política según se observa en las declaraciones de algunas de sus asociaciones.

precisamente lo social y por ende lo humano². Disciplinas sin compromisos tan evidentes también han enfrentado debates de este estilo, y el caso de la Física nuclear es bien conocido. Sin embargo, fueron las aberraciones del nazismo o el escándalo de Tuskegee (EE.UU.) los que provocaron la formulación y establecimiento de códigos generales explícitos con vocación y reconocimiento universales.

Desde entonces puede decirse que se ha hecho habitual pensar la ética de la investigación con seres humanos en los términos del Nüremberg Code³. En éste y otros códigos principales (Helsinki, Belmont...) la eticidad de la práctica investigadora depende de la condición humana de los objetos de ensayo, y por tanto de la relación entre investigadores e investigados⁴. El valor ético de una investigación, en ese caso, descansa fundamentalmente en la clase de trato, tanto práctico como teórico, que la comunidad científica dispensa a los sujetos-objeto. Y sobre esto se han establecido los principios elementales que componen los nuevos códigos al uso.

Estos principios básicos se organizan en torno a la cuestión del «consentimiento informado» e incluyen imperativos como la ausencia de coacción para la participación voluntaria, la superioridad de los beneficios sobre los riesgos para el propio *participante*, la garantía de confidencialidad o la libertad de retirarse de la investigación en cualquier momento. Aparte del consentimiento y su interrupción, sin embargo, el papel de los sujetos-objeto en estos códigos es básicamente pasivo, y en cierto sentido inhumano.

Naturalmente semejante paradoja no se debe a la insensibilidad de los investigadores y de los comités de ética científica, sino a las condiciones epistemológicas y metodológicas de la investigación. Esto resulta más visible al apreciar la vinculación de estos principios a las ciencias biomédicas y a la particular orientación de sus prácticas investigadoras. Así, aunque las declaraciones de buenas prácticas y las guías éticas desprenden una especie de respeto reverencial a la figura del *participante*⁵, la investigación experimental de la biomedicina deja poco lugar a lo humano en sentido integral, y se centra, como cabe esperar, en los aspectos objetivables y cuantificables de los sujetos y sus comportamientos⁶.

2 Baste recordar los asociados a las colonizaciones europeas, que en disciplinas como la Antropología han dejado, además, una huella epistemológica peculiar.

3 El texto original del *Nuremberg Code*, extraído de los documentos de *Trials of War Criminals before the Nuremberg Military Tribunals under Control Council Law No. 10*, de 1949, puede consultarse actualmente en la Web de Office of Human Subjects Research, donde también se encontrarán la Declaración de Helsinki revisada y el Belmont Report. <http://ohsr.od.nih.gov/guidelines/guidelines.html>

4 Hay que tener en cuenta que estas dos figuras pueden representar infinidad de situaciones y sujetos, individuales y colectivos. Así, pueden ser *participantes* potenciales tanto los que son objeto de un experimento concreto como la comunidad no científica y beneficiaria. Y del mismo modo, los *responsables* pueden ser tanto los investigadores que tienen el trato personal con el paciente, como los financiadores que diseñan medios y fines, o bien «la comunidad científica».

5 A modo de ejemplo puede consultarse la extensa documentación de la Organización Mundial de la Salud, donde esto aparece no sólo en las Ethical Guidelines sino en muchos otros documentos.

6 Algo que puede observarse incluso en la Psiquiatría, como han puesto de manifiesto las investigaciones antropológicas (por ejemplo Ángel Martínez 2000 en Comelles y Perdiguero eds. *Medicina y Cultura*, Edic. Bellaterra). Por lo demás, el objeto de las investigaciones en Biomedicina no es propiamente lo humano. En el primer párrafo de nuestro Programa Nacional de Biomedicina consta que su «objetivo fundamental» es «profundizar en el conocimiento de los mecanismos moleculares, bioquímicos, celulares, genéticos, fi-

Pese a todo, en las ciencias biomédicas, y como consecuencia en los códigos generales que han inspirado, la principal preocupación ética reside en el frágil equilibrio de las relaciones entre los *responsables* y los *participantes*. Y esta misma preocupación es la que ha cundido, con efecto desigual y en lento proceso, entre las principales asociaciones internacionales de Ciencia Social. Aunque cabe pensar que existirían diferencias fundamentales entre una investigación biomédica que se presta con aparente facilidad a la cosificación y manipulación del objeto humano, la práctica de la Ciencia Social no se encuentra tan lejos de esto. Ni de sus riesgos ni de sus preocupaciones.

Los códigos de las americanas ASA y AAA⁷, los de las europeas ISA y ASA⁸, así como diversos números de *Professional Ethics Reports*⁹, presentan un panorama en el que la sensibilidad ética se encuentra principalmente orientada a la cuestión del trato con el informante. Es posible que el creciente interés por la técnicas cualitativas haya confluído en la promoción de esta sensibilidad, pero también en el uso de métodos cuantitativos se plantea la situación crítica que los códigos éticos consideran fundamental: la relación entre un responsable (dotado de recursos de legitimación y manipulación técnica) y su pasivo suministrador de información.

Esta situación, la relación entre el investigador y el informante, articula en un solo momento fundante el conocimiento que dará lugar a los resultados científicos y la dimensión ética. Y ello presenta al menos dos implicaciones. En primer lugar, la preocupación ética por aquella relación constituye un reconocimiento expreso del lugar que lo humano ocupa, como valor en sí, en el proceso científico. Este reconocimiento puede, como a menudo pasa, quedar más o menos aislado en la sensibilidad del investigador, tal vez atrapado por las rutinas técnicas o tal vez por los requerimientos de la financiación. Sin embargo, no es imposible plasmar esta preocupación en recursos y estrategias metodológicos que permitan ir más allá del mero reconocimiento de lo humano. Y si es posible, ello implicaría, en segundo lugar, reflexionar sobre si es también recomendable.

Reconocer la presencia de la condición humana como parte del objeto de la Ciencia Social es el principio de un proceso que debiera llevarnos precisamente a superar esta situación de contemplación reflexiva. Ello significaría proceder a restituir la presencia humana en la investigación, y no sólo en la parte que nos toca como diseñadores e intér-

siopatológicos y epidemiológicos de las enfermedades y problemas de salud», y las sensibilidades existenciales no parecen muy relevantes aquí.

7 La American Sociological Association expone su *Code of Ethics* de 1997 en su página web (<http://www.asanet.org/members/ecoderev.html>). El *Ethic Code* de la American Anthropological Association es de 1995, y también aparece en <http://www.aaanet.org/committees/ethics/ethcode.htm>.

8 La International Sociological Association firmó su *Code of Ethics* en 2001, y éste aparece en http://www.ucl.ac.uk/isa/about/isa_code_of_ethics.htm. Con algunos años más, la Association of Social Anthropologists of the UK and the Commonwealth muestra su *Ethical Guidelines for Good Research Practice* en <http://www.theasa.org.uk>.

9 Revista de la American Association for the Advancement Science, donde colaboran las principales asociaciones americanas de investigación en Ciencia Social, entre ellas las dos citadas y otras como la Political Science Association. Respecto a las cuestiones éticas, tanto los códigos como los grupos de trabajo y las publicaciones sobre este asunto se encuentran mucho más desarrollados en EE.UU. de lo que lo están en las asociaciones europeas. Al menos desde aquí parece que ello puede deberse, entre otras cosas, a una mayor presencia de comités éticos, cuyo veredicto en algunos estados es necesario para la aprobación de proyectos. Aquí estamos muy lejos de esta situación.

pretes, sino fundamentalmente en la parte que no nos toca: en la apertura de nuestros recursos (de diseño, recolección de datos e interpretación) a aquellos que han de formar parte de su contenido, la apertura de la tecnología de la información a los informantes... y parece obvio, en este sentido, que si algo puede el método hacer por cumplir este principio es profundizar en los enfoques cualitativos.

Al margen de los debates epistemológicos que sus técnicas han suscitado, la profundización en las perspectivas cualitativas resulta imperativa desde el punto de vista que comunica la ética y el método. Tal y como se ha presentado, este vínculo se desprende de una preocupación básica por las sensibles relaciones de poder entre investigadores e investigados. En este sentido, la apertura cualitativa tiene una relevancia ideológica, pues permite ir más allá del «consentimiento informado» y dar voz propia, singular, compleja y no *disciplinada*, a unos objetos de investigación cuya característica es precisamente la posesión de su propia singularidad. Así, la apertura cualitativa permite rescatar la diferencia (cualitativa) como condición sine qua non de la igualdad (ética).

No obstante, también el compromiso deontológico con la *verdad* del objeto que nuestra ciencia aborda conduce hacia los enfoques cualitativos en este caso. En las últimas décadas, esta misma idea se ha extendido como una especie de axioma epistemológico. Y mucho más que el axioma ético, ha sido el otro el que ha promovido la ampliación cualitativa de las metodologías sociológicas. Sea cual sea el origen de este proceso, esta coincidencia permite apreciar el mismo vínculo (investigador-investigado, ciencia-objeto...) desde el lado menos humano y más teórico, dando cuenta precisamente de la estrechez, rutinariamente inadvertida, entre las decisiones técnicas y su dimensión ética.

CUANDO EL SUJETO ES UN OBJETO. LA VERACIDAD COMO VALOR. IMPLICACIONES

Aunque no todas las disciplinas han incluido la cuestión del sujeto-objeto en sus códigos¹⁰, todas recogen, sin embargo, el respeto a la verdad como principio de la profesión. Es evidente que todo compromiso con la verdad en el seno de una comunidad científica tiene una dimensión moral en la medida en que compromete al investigador con la propia comunidad y con la sociedad general. No obstante, si la verdad que va a ser descubierta y transmitida tiene al ser humano como objeto, la aventura ética no puede considerarse limitada al inicio práctico de las labores de investigación, antes bien forma parte de su origen remoto y empieza ya con la primera intuición, como si siempre hubiera estado iniciada.

Ciertamente, el enfrentamiento del investigador con la realidad que puede ser su objeto es algo a lo que difícilmente se puede reconocer un comienzo absoluto. Esto suele plantearse más en los términos de una Sociología del Conocimiento que en los de una Ética, y suele presentarse más como problema epistemológico derivado de la humanidad

10 Las asociaciones de investigadores en Derecho, Economía, Historia, las de Ciencia Política europeas, y algunas otras en Sociología no han introducido este asunto como prioritario en sus códigos. Las de Antropología, sin embargo, lo incluyen en todos los casos.

del investigador que de la del objeto. Sin embargo, la ausencia de umbrales definitivos entre la curiosidad y su formulación académica también nos revela la tarea científica como parte de un continuo moral en el que el investigador se encuentra *velis nolis* implicado.

El vínculo entre las disposiciones previas y el inicio de la propia tarea investigadora, ese que une las primeras intuiciones con las primeras intenciones, suele encontrarse sistematizado en los preámbulos de los proyectos. Bien en presentaciones generales, bien en declaraciones de objetivos, en los ensayos sobre la pertinencia, por supuesto en la enumeración de hipótesis y así también en los marcos teórico-conceptuales que se suscriben o critican, se aprecia la vigencia de determinadas interpretaciones de la realidad: acotados o representaciones que sugieren alguna incógnita, tal que conviene a la comunidad científica o a la sociedad general su desvelamiento.

Ahora bien, no es novedad de última hora que la selección de una parcela de realidad, la inducción de sus incógnitas, la valoración de tales incógnitas como problemáticas y la opción por su descubrimiento... no son precisamente respuestas universales de una inteligencia mecánica, desencadenando el acercamiento inevitable a la realidad pura. Son acciones y decisiones que cobran sentido como fruto de una inquietud concreta, que surge en un individuo histórico y circunstanciado, a quien esta curiosidad puede asaltar y que está en condiciones de responder con una disciplina de búsqueda y reflexión.

Curiosamente, las declaraciones de objetivos, y en especial las obligatorias justificaciones acerca de la pertinencia de una investigación, las mismas en las que esto se puede de todos modos apreciar, parecen típicamente pensadas para ejercitar la retórica que disimula tanta humanidad. Y no deja de ser paradójico que tales acrobacias se ensayen en honor de un objeto humano. ¿Qué clase de veracidad puede atribuirse a una investigación que ignora deliberadamente la condición específica tanto de su sujeto como de su objeto? ¿Cómo puede pensarse aquí el compromiso con la veracidad al margen del compromiso con lo subjetivo?

Antes de seguir conviene hacer algunas aclaraciones. Mientras la discusión se ha centrado en el vínculo de la ética con la relación intersubjetiva propia de la investigación sociológica y afines, no resulta difícil asumir una idea general de la condición humana que se está reconociendo al objeto: se trata de individuos concretos con intereses y sensibilidades que el investigador debe respetar como los de un igual. Esto es, de un modo algo coloquial, lo que se desprende del principio del «consentimiento informado». Podría parecer más difícil, sin embargo, pensar en «lo humano», lo subjetivo, etc. si lo hacemos desde el problema de la veracidad, aunque no lo es tanto.

La condición humana a la que puede debérsele veracidad no se está pensando aquí más allá de una condición formal. Una condición cuya especificidad no corresponde a una antropología material concreta sino dos clases de a-prioris: los que se desprenden de la condición existencial del propio investigador y los de la misma Ciencia Social. Respecto a lo primero, baste con reseñar que tanto posturas humanistas como el más recio mecanicismo pueden encontrar consenso al reconocer que «humano» es, por lo menos, lo que el propio humanista y mecanicista son: sujetos, protagonistas de sus propios actos, sea como sea que se conciban todos éstos y sus procesos. Dicho de otro modo, el objeto de la Ciencia Social son seres existencialmente semejantes a los científicos sociales.

De otro lado, la condición humana formalmente considerada es también un a priori de la Ciencia Social, pues su existencia disciplinar depende de la especificidad de su objeto, con independencia de sus definiciones materiales. Hablar del objeto humano no implica necesariamente asimilar la Sociología al grupo de las Ciencias Humanas (sobre todo si tenemos en cuenta la configuración actual de este grupo), ni tampoco, como se ha sugerido, renunciar al empirismo. Sí implica, no obstante, el reconocimiento de que la Ciencia Social estudia hechos, grupos y relaciones humanas. Al menos por su formación, los sociólogos no son especialistas en grupos herbáceos, hechos moleculares, relaciones animales, ni silogísticas tampoco.

En cualquier caso, son las relaciones intersubjetivas y no otras las que una Ciencia Social pone en perspectiva (y en este punto se replantea la pregunta antes formulada). Esta preeminencia de lo subjetivo ha quedado oscurecida por el alto nivel de objetivación que es frecuente en la Sociología, la Economía, la Ciencia Política, etc. Pese a su vocación realista, sin embargo, ni la retórica objetivista de los proyectos o los informes, ni la determinación cosificante de algunas investigaciones han contribuido necesariamente a una mayor fidelidad a lo real. Antes al contrario, cuanto mayor es el rango de la objetivación más se aleja de la realidad, como es sabido.

Esta paradoja general tiene una manifestación especialmente problemática en aquellas ciencias donde el objeto es un sujeto. No hay duda de que la subjetividad puede objetivarse, y que la objetivación cuantitativa es el procedimiento más eficaz para revelar-nos algunas realidades de otro modo invisibles, de manera que puede considerarse no sólo frecuente sino definitivamente imprescindible. La cuestión aquí es más bien si el compromiso con el principio de veracidad puede cumplirse sin sacar a la luz lo que la objetivación no revela... y si hacer esto no es simultáneamente una deuda con el propio objeto humano de la investigación.

Los momentos del proyecto y la investigación en que se establecen los compromisos de este estilo suelen ser la descripción del objeto de estudio, la elección de la muestra o unidad de análisis, y la selección de técnicas de recogida de datos. Decíamos antes que en los preámbulos de un proyecto se apreciaban tanto las relaciones entre el investigador y su objeto como el esfuerzo de aquel por dejar atrás esa atadura mediante la retórica objetivista. Pues bien, algo muy semejante tiene lugar en las presentaciones de objetos de estudio y unidades de análisis.

De estas dos puede decirse lo mismo que se afirmaba sobre las presentaciones de los proyectos: ni la descripción del objeto es la inducción de un «problema» extra-epistémico (digamos que un problema *sociológico* es de naturaleza distinta a un problema *social* —y que la convergencia de ambos no responde a un compromiso epistemológico sino moral, precisamente—), ni la muestra puede dar cuenta suficiente de la complejidad de lo real, por más que la retórica de los proyectos esté pensada para justificar el grado en que una investigación puede satisfacer promesas de este estilo.

Tratándose de una situación semejante a la anterior, la relevancia ética de este momento del diseño o la práctica investigadora (las revisiones y correcciones de estos planteamientos es más frecuente de lo que los proyectos suelen prever) depende entonces del compromiso con el principio de veracidad. Resulta evidente la relación de este valor con los dos problemas epistemológicos elementales que se pueden plantear en este momento (la conformidad con lo real, y la coherencia entre objeto y muestra). No obstante, en ho-

nor a esta misma coincidencia no está de más el ejercicio expreso de cierta humildad hermenéutica, por decir así.

Alguna clase de responsabilidad ha de implicar la certeza de que nuestros objetos son, después de todo, reconstrucciones metafóricas, mientras las muestras podrían ser deconstrucciones metonímicas. Y sea cual sea nuestro acercamiento a la verdad, la veracidad exige, como mínimo, no ocultar una sospecha de este calibre en los recursos literarios del tecnicismo. De todas formas, aunque esto tiene su importancia (sobretudo al interior de la propia comunidad científica) estos no son los momentos más críticos en que la investigación sociológica, como actividad especial, revela su fuerte implicación ética. La máxima relevancia ética del proceso investigador se da a partir de la selección y uso de técnicas de recogida de datos.

RECOGIDA DE DATOS. ÉTICA Y TRAICIÓN

Junto con la divulgación de resultados, son los momentos de selección y uso de técnicas cuando las dos principales fuentes de eticidad que pueden reconocerse en la labor investigadora convergen. De nuevo en este caso, la pertinencia de técnicas, indicadores e informantes seleccionados suele presentarse en los proyectos como si fueran inferencias inmediatas respecto a las descripciones de objeto, objetivos o hipótesis, algo que en principio parece ajeno a una revisión ética. Sin embargo, aquí se trasciende incluso la deuda formal con la comunidad y el público de la Ciencia: en el momento de recoger los datos debemos afrontar los compromisos de este conocimiento peculiar... el que nace de la relación intersubjetiva misma entre investigadores-investigados.

Tal y como se planteaba más arriba, tanto el respeto por la verdad como por el informante requieren remontar los límites de las técnicas objetivadoras para poder encontrar (o tal vez reencontrar) cuanto la objetivación margina, siendo que esto justamente constituye la peculiaridad específica del objeto de estudio. Y hay técnicas específicas diseñadas para extraer esta clase de información que se prevé subjetiva, básicamente las que forman parte de los enfoques cualitativos.

No procede, ni es posible, revisar aquí las técnicas que todos conocemos. Baste con reflexionar brevemente acerca de aquella que probablemente sea la más comprometida, subjetiva y polémica de ellas, y también la más viva, cualitativa y compleja: la observación participante¹¹. Dentro de los procesos de obtención de datos empíricos, la observación participante constituye el polo más próximo al intuicionismo y el más abierto a la participación del propio informante en la información. De modo que, así como contiene la subjetividad del investigador (la misma que se disfraza técnicamente en unos contextos y se reclama ideológicamente en otros), garantiza también la presencia de la subjetividad del objeto.

La subjetividad del objeto no puede captarse sin poner en juego la propia subjetividad. Desde el punto de vista de la obtención y producción de conocimiento, es precisa-

11 Existen diferentes formas de entender la observación participante como técnica cualitativa, y aquí se asumió la de M.I. JOCLES (1999, 1997).

mente la interacción subjetiva (el intercambio de afecto, compartir tiempo, situaciones, emociones, y no sólo datos) la que proporciona la perspectiva integral, significativa, cualitativa, etc. que se pretende. En este sentido, la convivencia es la única estrategia que permite satisfacer las necesidades de una vocación realista en investigación social. Y esto no puede llevarse a cabo sin comprometer uno mismo su tiempo, sus afectos, y desafectos, además de su más escrupulosa capacidad analítica.

Otra cosa es el modo en que se pone en juego la interacción. Si la observación participante es la práctica investigadora más abierta al informante, la práctica en la que más implicación ética acompaña a las decisiones técnicas que el investigador de campo va tomando sobre la marcha, también es la más expuesta moralmente, y en la que más veces la ética y la técnica se traicionan mutuamente. Son reveladoras en este sentido algunas de las obras etnográficas más conocidas fuera de la Antropología, como los diarios de Malinowski o «El antropólogo inocente» de Nigel Barley.

Pese a cierto escándalo en su momento, estas obras no desvelan ninguna gran aberración, antes bien, son el minucioso relato de una interacción que tiene lugar todos los días, y que en su caso se racionaliza y sistematiza mientras se puede. Si estos trabajos son significativos es precisamente porque revelan la complejidad de aquellas traiciones recíprocas en las que un investigador de campo se encuentra envuelto cuando aduce razones técnicas para mentir o razones éticas para negociar la información que el sólo método no proporciona por sí mismo.

Frente al viejo mito del «milagro andante de empatía»¹², estas obras muestran honestamente las dificultades de toda clase que acompañan a la observación participante. Se aprecia que la situación más sencilla puede fundarse sobre mentiras estratégicas, de cortesía, o de lealtad, trucos o traiciones que se confunden con el propio ritmo de la convivencia hasta hacerse indistinguibles. No obstante, este perfil poco amable del investigador y sus labores corresponde de hecho a un contexto humano de trabajo (los informantes) que no tienen ninguna razón para ser más amables con nosotros de lo que lo son con ellos mismos.

Esta situación se ha planteado tradicionalmente en Sociología desde la perspectiva de la intrusión, pero a estas alturas parece un problema irresoluble. Si algún efecto ha tenido la implantación de códigos éticos en Sociología y Antropología ha sido el de imponer el principio del consentimiento informado, y hasta cierto punto esto ha disuelto la problemática de la intrusión: siempre existe cierta alteración de la vida normal cuando un investigador hace trabajo de campo, pero los propios informantes deciden si quieren o no participar, al menos cuando no existen coerciones sociales de otro tipo en el campo de trabajo. Y probablemente ha sido así siempre.

Así las cosas, la incógnita que se nos plantea es más bien cómo mantener el equilibrio necesario entre un comportamiento moralmente apropiado y una obtención de datos eficiente. Si evitamos el tópico del «milagro andante de empatía», y evitamos también el otro viejo mito del informante inasequible al desaliento, se apreciará mejor que estamos ante una clase de interacción que reproduce (con sus particularidades, pero de forma bas-

12 Geertz 1994: 74.

tante fidedigna) aquello en lo que puede consistir la relación humana, con sus virtudes y sus defectos incluidos. Y en afrontar esto consiste la virtud de esta labor.

Ahora bien, mantener este equilibrio necesario requiere las disposiciones adecuadas. Un repaso a la historia del trabajo etnográfico podría revelarnos que los dilemas prácticos de la observación participante se resuelven gracias a las habilidades personales, la sensibilidad para entender al otro, la intuición moral para respetarlo, para tomar decisiones legítimas, etc. Al menos esto puede rescatarse de los trabajos «exitosos» sobre los que su autor se pronuncia con la humildad que requiere reconocer las limitaciones de una investigación.

Desgraciadamente, puede que estos no sean los más abundantes, pero sea como sea, alcanzar las disposiciones necesarias para acceder responsablemente a las situaciones de observación participante, con el conocimiento que de ellas se ha acumulado, no puede ni debe llevarse a cabo sin una cuidada formación, tanto técnica como ética. Y suele olvidarse especialmente esta última, relegada por varias clases de mitos: que el investigador sólo tiene que ser simpático, que los informantes son gente majísima que se presta a todo, que el objetivismo no requiere sensibilidad, que la educación ética es reaccionaria, o el de que no es necesario plantearse los términos éticos de la interacción cuando hay buenos sentimientos por ambas partes.

Antes que estos escrúpulos bienintencionados, debería tenerse en cuenta que son los propios informantes los que se resienten de trabajos mal preparados, ingenuidades irresponsables y aterrizajes forzosos que queman el campo de trabajo, abusan del participante y tal vez del propio investigador. Y la única manera de prever estas situaciones indeseables es una buena formación, que no reduzca la técnica a las retóricas objetivistas, que dé cuenta de los compromisos éticos implicados en el trabajo, y que afronte de cara las implicaciones de una Ciencia dedicada al objeto humano.

Antes de terminar, no obstante, es necesario hacer una corrección de estos argumentos. Sacar a la luz los aspectos subjetivos de nuestro objeto de estudio, entrar a fondo en el descubrimiento de su peculiaridad humana, es muy poco eficaz sin el contrapeso de la objetivación. Aunque se ha defendido aquí el valor ético de los enfoques cualitativos, ello no significa que pueda prescindirse de los cuantitativos. Desde un punto de vista epistemológico, que en este artículo ha sido secundario, es evidente que el conocimiento pasa por el ejercicio de contraste que permite la combinación de enfoques. Renunciar al contraste, en este sentido, equivale a renunciar a la veracidad.

No obstante, la intención aquí no es descubrir la conveniencia heurística de los métodos. La cuestión es, más bien, reconocer la condición específica del objeto humano, y mostrar que el mero reconocimiento contemplativo de esta condición no es éticamente suficiente cuando existen modos sistemáticos de aproximarse a esa especificidad que se escabulle en la objetivación. Visto esto desde cerca, además, se aprecia que la investigación social constituye en sí misma una situación éticamente relevante, y más cuando se usan técnicas basadas en la interacción directa entre investigador e investigado.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Decíamos al principio que no había nada nuevo en revelar que la investigación sociológica implicaba compromisos para el investigador, pero se ha intentado poner juntas

dos dimensiones que habitualmente pasan desapercibidas cuando los compromisos se interpretan como políticas del conocimiento, la técnica y la ética. Al hacerlo se aprecia que su relación es una rara coreografía de encuentros y desencuentros, y la observación participante, con sus mitos y realidades, es el ejemplo perfecto de ello.

Pero si este baile revela algo, no es la resolución de las paradojas epistemológicas o éticas, es más bien el traslado de las paradojas. ¿Por qué hacer el esfuerzo si no se resuelven los conflictos? La irresolución de lo social y lo humano es probablemente una característica de su propia naturaleza, sea cual sea. Ciertamente, la apertura cualitativa en la Ciencia Social no va a resolver de manera definitiva las incógnitas universales de la humanidad. Tampoco es esa la misión de la Ciencia Social ni de este enfoque. Aunque sí puede contribuir a dar mejor cuenta de lo significativamente fugaz.

Desde el punto de vista de la ética estamos ante una situación parecida, en el fondo. La apertura cualitativa no va a inhibir por sí misma y de forma completa los riesgos de cosificación y manipulación en las investigaciones. Sirve como complemento de contraste al enfoque cuantitativo, y sirve para corregir los excesos de la objetivación por cuanto tiene inmediatamente cosificante. Esta ampliación, que implica un mayor acercamiento humano a lo humano, soluciona unos problemas, y lógicamente, crea los suyos propios.

Los riesgos específicos del cualitativismo pueden reconocerse especialmente en la Antropología, más especializada en el enfoque y familiarizada con sus situaciones. El relativismo, la hipercomprensión de todas las situaciones, la mitificación de los informantes, la carencia de contraste cuantitativo, etc. son algunos de estos. Sin embargo, también se aportan ventajas específicas con una relevancia ética sustancial: se ejerce el contraste inverso respecto al enfoque cuantitativo, permite un acercamiento de otro modo imposible a los factores subjetivos que intervienen en la acción social, y sobretodo se pone en su lugar a la condición humana, tanto a la del investigador como la del investigado.

BIBLIOGRAFÍA

- BARLEY, N. (1991): *El antropólogo inocente*, Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (1976): *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, Madrid.
- BOURDIEU, P. (1999): *Meditaciones Pascalianas*, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (2002): «Pour un savoir engagé» *Le Monde Diplomatique*, Febrero.
- DELGADO, J. M. y GUTIÉRREZ, J. (1994): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencia social*, Síntesis, Madrid.
- GEERTZ, C. (1994): *Conocimiento local*, Paidós, Barcelona.
- IBÁÑEZ, J. et alii (comp.) (1997): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*, Alianza, Madrid.
- JOCILES, M. I. (1997): «Niegel Barley y la investigación etnográfica» en *Política y Sociedad*, n.º 24, enero-abril.
- JOCILES, M. I. (1999): «Las técnicas de investigación en Antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico». En *Gazeta de Antropología*, n.º 15, Granada.
- MALINOWSKI, B. (1989): *Diario de campo en Melanesia*, Júcar, Madrid.
- PASSERON, J. C. (2004): «De *El Oficio del Sociólogo a El Razonamiento Sociológico*. Denis Barranger entrevista a Jean-Claude Passeron». *Revista Mexicana de Sociología* año 66, n.º 2, abril-julio.

RABINOW, Paul (1992): *Reflexiones sobre el trabajo de campo en Marruecos*, Madrid, Jucar Universidad.

CÓDIGOS ÉTICOS CITADOS

AMERICAN ANTHROPOLOGICAL ASSOCIATION (1995): *Ethic Code of the American Anthropological Association*. <http://www.aaanet.org/committees/ethics/ethcode.htm>

AMERICAN POLITICAL SCIENCE ASSOCIATION (1997): *Guide to Professional Ethics in Political Science*. <http://www.apsa.com/pubs/ethics.cfm#state>

AMERICAN SOCIOLOGICAL ASSOCIATION (1997): *Code of Ethics*. <http://www.asanet.org/members/ecoderev.html>

ASSOCIATION OF SOCIAL ANTHROPOLOGIST OF THE UK AND THE COMMONWEALTH, *Ethical Guidelines for Good Research Practice*. <http://www.theasa.org.uk>.

INTERNATIONAL SOCIOLOGICAL ASSOCIATION (2001): *Code of Ethics*, http://www.ucas.ac.uk/about/isa_code_of_ethics.htm

U.S. GOVERNMENT PRINTING OFFICE (1949): *Nuremberg Code. Trials of War Criminals before the Nuremberg Military Tribunals under Control Council Law No. 10, Vol. 2, pp. 181-182*. Washington, D.C. <http://ohsr.od.nih.gov/guidelines/nuremberg.html>

Utopía

Sociedad y

Revista de Ciencias Sociales

25

2005

El Papa Juan Pablo II ha muerto

PRESENTACIÓN: A D. Ángel Berna Quintana, en su ochenta cumpleaños
PARA UN DIAGNÓSTICO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA (XXV)

ESTUDIOS:

- Sergio Gálvez Biesca: *La «cultura de la precariedad» o los «cursos y costumbres» de las empresas. Un balance histórico del impacto generacional de la reforma del Estatuto de los Trabajadores de 1984*
- Javier Illanes Ramos: *Retos de la Postmodernidad. Amenazas, posibilidades y urgencias*
- Jason C. Cummings: *«Dulce fatalidad»: La tragedia del mundo rural en la «Obada» de Bernardo Atxaga*

DOSSIER:

SILENCIOS Y VACÍOS EN LA SOCIEDAD PRESENTE (Homenaje a D. Ángel Berna Quintana, en su ochenta cumpleaños)

José Sánchez Jiménez: *Silencios, vacíos y olvidos... (La realidad social emergente y los interrogantes que esperan respuesta)*

José Antonio Arnal Torres: *Los jóvenes ante la religión. El informe «Jóvenes 2000 y religión»*

Manuel Álvarez Rico: *El ciudadano ante un entorno globalizado*

Isabel Álvarez-Rico García: *La geografía de la Red como elemento localizador del poder político*

Pilar Azagra Albericio: *¿Pérdida u oportunidad? Consideraciones sobre los cambios en las formas de conocimiento*

Nicolás Bajo Santos: *Educación y Derechos Humanos*

Miguel Á. Ballesteros Martín: *La Sociedad Occidental de espaldas al mundo*

Juan José Caballero: *El yo en un mundo de comunicación de masas*

Tomás Calvo Buezas: *Inmigración y racismo. La educación ética en valores solidarios*

Mónica Cornejo Valle: *La ética y el método. Reflexión sobre los compromisos del investigador en Ciencias Sociales*

Pedro Costa Morata: *Revisión de la idea de progreso desde la crisis ambiental*

Juan Luis Chuililla Cano, Jesús Mejías

López y José Carmelo Lisón Arca: *Los trajes del Emperador (Vocabu(r)larío)*

Juan Manuel Díaz Sánchez: *Un compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Su génesis, contenidos y aportaciones*

Fernando Fuentes Alcántara: *Presencia pública de los cristianos: nuevas presencias y ausencias del laicado católico, hoy*

José Manuel García Lirio: *Conceptualización de la ciudad: cambios sociales y urbanísticos*

Luis Joyanes Aguilar: *Responsabilidad social corporativa y buen gobierno. Reflexiones sobre la necesidad de una Guía de la Buena Ciudadanía Corporativa*

Juan Manuel Lombardo Enríquez: *Luces y sombras en la economía del conocimiento: el reto de la gestión creativa*

Víctor Martín García: *La formación en valores: una aproximación al aprendizaje ético*

Jaime Martín Moreno: *Los límites de la vida*

Patricia Revuelta Mediavilla: *Una cuestión de confianza*

Felipe Ruiz Alonso: *Desarrollo económico y justicia social*

Francisco Salinas Ramos: *La economía social ante los objetivos del milenio. Una forma de emprender la erradicación de la pobreza*

Enrique Silvela Díaz-Criado: *El desafío de la formación de la ciudadanía. La llamada labor de las Fuerzas Armadas internacionales*

Juan Souto Coelho: *El desafío de la formación de la ciudadanía*

Octavio Uña Juárez, Antonio Martín

Cabello y Jaime Hormigos Ruiz:

Aproximaciones teóricas para una sociología de los medios como instrumentos de comunicación